



SUMARIO. Progreso intelectual, por «B. Montiel».—SECCION CIENTIFICO-LITERARIA: Los insectos, por «Bruno Amelay».—La verdad, (poesía) por «M. Gimeno Laplace».—A la señorita D.<sup>a</sup> Pura Gilbert, (poesía) por «M. Gimeno Laplace».—¡Triste visita! (poesía) por «K. de T.»—El cumple-años. A una joven en el aniversario de su natalicio, por «N. de Leyva y Vizcarro».—¡Ella! (poesía) por «José Martínez Medina».—Principal y buhardilla, (historia naturalista) por «Vicente Blasco Ibañez».—Cubiertas y anuncios.

### PROGRESO INTELECTUAL

EL estado general de Europa, bajo el punto de vista intelectual, vá siendo cada día más satisfactorio. El progreso se nota evidentemente en todos los ramos del saber humano, y nuestra patria no queda atrás en tan importante movimiento europeo. De algunos años á esta parte, se advierte cierta muy marcada tendencia en nuestra juventud hácia el perfeccionamiento; la afición al estudio crece y se desarrolla de día en día en nuestras capitales y Universidades; academias y ateneos contribuyen poderosamente al progreso comun; y aunque la sociedad entera se queja de continuo, diciendo que estamos muy mal, nosotros miramos al Pasado y vemos en lontananza aquellas edades de hierro, en que la inteligencia humana vivía sufriendo la presión de una mordaza, y el pensamiento, cargado de cadenas, estaba mudo, porque así lo exigía la esclavitud; siendo el hombre un autómatá y nada más. Hoy, en cámbio,

puede éste decir libremente lo que piensa y lo que cree; los derechos son iguales.

No hace muchos años las ciencias físico-naturales no-tenian cultivadores en España; su estudio era patrimonio exclusivo de muy pocos catedráticos, que desde el silencio de sus retiros, seguian solo como unos meros espectadores el movimiento científico de nuestro siglo. Hoy las circunstancias han cambiado; gran número de jóvenes se ocupan con verdadero interés en las evoluciones de la ciencia y en los maravillosos inventos que se suceden, especialmente en los Estados Unidos y en Inglaterra, con pasmosa rapidez. Casi todos los periódicos dedican á menudo detalladas revistas á tales asuntos, en su mayoría científicos; y se observa en general, la preferencia de la ciencia á la literatura, es decir, del conocimiento de las cosas, al de las palabras, cuya preferencia nos satisface; pues los negocios de la sociedad humana no se manejan hoy por la literatura, ni por hombres meramente literatos.

Así es que apenas pasa un día sin que

llegue á nosotros la noticia de haberse arrancado, ya en una nacion, ya en otra, un nuevo secreto á la ciencia, ó perfeccionado una idea que solo se conocía embriónariamente, producto del estudio y de la instruccion de los hombres; habiendo así recorrido en pocos años la inmensa distancia que media desde el conocimiento del vapor, como fuerza motriz, hasta la aplicacion que hoy se dá á la locomocion y á la industria; ó desde la teoría del desarrollo de la electricidad, hasta la forma en que hoy se aplica ésta; á transmitir las noticias, á comunicar la voz y á darnos magnífica y potente luz; lo cual admira y asombra por los esfuerzos colosales que representa del trabajo intelectual de los que se dedican al cultivo de las ciencias.

Cada momento vá agrandándose la esfera de conocimientos científicos, y por instantes se ensancha el horizonte de los diversos ramos del saber; perfeccionándose las más atrevidas teorías, hasta llegar al descubrimiento de la verdad y á su definicion como axioma inconcuso.

Lo mismo que hemos dicho de la física, podemos decir de la química, de las matemáticas, de la astronomía, y en general de todas las ciencias, cuyo estudio profundo y asombrosos adelantos forman hoy el signo característico de la época moderna.

Muy digno es, por cierto, de alabanza este afan por estudiar que revela la actual juventud; y lo presente augura un brillante porvenir en que, sin duda, algunos inventores y sábios eminentes, serán españoles. Entonces la atmósfera científica que empieza á formarse, estará formada por completo y no nos concretaremos á representar el simple papel de admiradores.

Ahora mismo; en los momentos en que escribimos, está despertando el más vivo interés en España y en todo el mundo civilizado, la teoría de la inoculacion del cólera; lanzada á la publicidad y la práctica por el aplicado, distinguido y ya célebre doctor en medicina D. Jaime Ferran, y debida á su constante aficion al estudio y profundos conocimientos científicos.

No corresponde á esta REVISTA, por sus condiciones especiales, discutir ni averiguar la excelencia de la teoría ó la inutilidad del sistema; quédese eso en buen hora para los hombres y las publicaciones que dedican á la ciencia médica sus conocimientos y sus plumas, que á nosotros nos basta con saber es el autor un médico español; que supone

su invento una suma extraordinaria de trabajo y de estudio constantes, y que ha llamado la atencion de los hombres más eminentes en la ciencia de toda Europa, para tributarle el homenaje de nuestros más sinceros aplausos; para alentarle en sus estudios y esperimentos; para deseárselo el premio que merecen sus sacrificios, y para felicitarle con toda la efusion de nuestro corazon de españoles amantes de la ciencia y de las glorias pátrias. (1)

Todos estos adelantos modernos, toda la aficion desarrollada hoy al estudio, y al perfeccionamiento de las ciencias y de las artes; ese creciente movimiento literario que tambien se observa en todas las capitales de España, se debe indudablemente á haberse roto los estrechos moldes en que antiguamente se encerraba la ciencia, y abierto los eslabones de la cadena que sujetaba el pensamiento de los hombres, al tratar de su manifestacion y transmision. La mayor amplitud en la enseñanza, la permission en esplanar los conceptos científicos de palabra y por escrito, y la facilidad de su propagacion, nos han traído al actual estado de adelanto; y por ello, no nos cansaremos nunca, desde las columnas de nuestra REVISTA, tan entusiasta como la que más por la libertad de la ciencia, de recomendar que sea ésta lo más absoluta posible, y de poner de relieve sus excelentes resultados, hasta conseguir verla implantada en nuestra pátria y en el mundo entero para bien de la humanidad.

B. Montiel.

## Seccion Científico-Literaria

### LOS INSECTOS

Es creencia general que los animales de gran talla son los que desarrollan mayor fuerza; y si se examina atentamente la naturaleza, se observa que sucede precisamente lo contrario.

(1) La REVISTA ruega al doctor Ferran procure, que su procedimiento—asequible hoy por su coste á ricos y pobres de solemnidad—lo sea tambien á las clases media y proletaria.

En el caballo, el buey, el elefante, la ballena, vemos acumulada gran cantidad de fuerza; pero si se la compara con la masa del sér que la produce, resulta sumamente pequeña, relativamente á la que desarrollan otros, mucho menores que aquellos.

La organizacion de los animales superiores de la escala zoológica es más perfecta, pero más complicada que la de los inferiores; y en la organizacion, como en todas las máquinas, la materia, las trasmisiones y engranajes, consumen siempre una buena parte de la fuerza que la hace funcionar.

Que con un aparato bien acondicionado se obtengan resultados satisfactorios, no es tan de admirar como que con una sencilla herramienta se hagan cosas útiles.

El oso fabrica con las uñas la gruta donde ha de invernar; el castor se vale de los dientes, patas y cola para construir los diques y estancias en que establece sus habitaciones, causando la admiracion del hombre; pero es más admirable que todo eso el trabajo de las hormigas, que con la pequeña cantidad de fuerza de que disponen, hacen sus edificios subterráneos de tal modo, que en nada les aventajan las poblaciones mejor construidas por los hombres.

Apenas hay insectos que para protegerse ó asegurar sus crias no ejecuten trabajos que admiran cuando se piensa un poco en ellos, y despiertan la idea de que en cuanto el hombre inventa para perfeccionar sus medios de accion, no hace otra cosa que imitar á la naturaleza en sus más sencillos procedimientos.

Si se reflexiona acerca de la fuerza que algunos insectos necesitan para perforar la corteza de los árboles más duros, donde depositan sus huevos, se vé que si alcanzasen la corpulencia de los lobos, los tigres, las serpientes ó las águilas, conservando el poder en la relacion que le tienen, las fieras serian respecto á ellos lo que hoy son las liebres, los pájaros ó las lombrices, que ni siquiera intentan defenderse, porque tienen la conciencia ó el instinto de su impotencia.

El salto más formidable de un leon poderoso no vale nada al lado del de una pulga, cuando se compara la actividad que uno y otro necesitan desarrollar para darlo, atendidas sus cualidades respectivas.

El condor, que recorre cien leguas de un vuelo, resulta perezoso y holgazan comparado con la langosta, si se miran sus alas y se compara su fortaleza.

Pero hay entre todos los insectos uno que, desde los más remotos tiempos, viene des-

pertando la curiosidad y aun la veneracion humana, y que nunca se acaba de admirar, por más que pasen siglos y los conocimientos se vayan perfeccionando: la abeja.

En lo antiguo se creía que las abejas producían la miel y la cera, segregándola en aparatos especiales, como los mamíferos segregan la leche. Hace ya mucho tiempo que se sabe que no es así. La miel y la cera la producen los vegetales; pero este descubrimiento en nada ha amenguado el mérito de tan inteligentes artistas.

Los metales preciosos y útiles se encuentran en las entrañas de la tierra, y allí continuarían sin producir nada útil, si no hubiese mineros que con su trabajo é inteligencia los arrancasen y trasformasen, hasta convertirlos en fuente de riqueza. Este es el mérito de las abejas.

Una multitud de plantas encierran en diferentes épocas jugos azucarados bien conocidos de todo el mundo: la caña de azúcar, la uva, el higo y otros muchos son ejemplos.

Al hombre le ha costado muchos siglos la manera de recogerlos y conservarlos sin que fermenten y dejen de serlo por lo mismo. Las abejas lo hacen desde que el mundo es mundo.

Todo su trabajo tiene por objeto conservar el alimento para la época en que las plantas parecen suspender su vida, y no es posible hallarle en el campo.

Toman la miel en las flores y la depositan en frascos perfectamente cerrados, para que no le dé el aire. La materia con que construyen estos frascos es la cera y tambien la buscan en las plantas.

Las hojas de la acelga deben á ella su lustre, y aunque la industria ha conseguido extraerla directamente, no por eso ha disminuido su precio.

Lo que más hay que admirar en una colmena, es el trabajo que representa la reunion de todos aquellos elementos para la formacion de las celdillas.

Un químico inglés, M. Wilson, ha hecho curiosos experimentos para determinar la cantidad de azúcar que existe en el néctar de diferentes flores, y de ellos resulta que para reunir un gramo de azúcar se necesita 125 cabezuelas de trébol, y para un kilogramo 125,000. Cada cabezuela contiene unas 60 flores, de donde resulta que para tener un kilogramo de azúcar es preciso poner á contribucion 7.500,000 flores.

Ahora bien, como la miel contiene un 75 por 100 de azúcar resulta que, para reunir

un kilógramo, han tenido que libar las abejas más de 5.000,000 de flores.

Agréguese á esto el acopio de la cera, y se tendrá idea del número de viajes que su trabajo representa, y que unido al de confeccion, indica una suma de actividad y fuerza que deja muy atrás á cuanto estamos acostumbrados á ver diariamente en los animales de gran talla.

BRUNO AMELAY.

### LA VERDAD

Me pides la verdad en tu retrato,  
Jóven Adela,  
Ignorando tal vez que la verdad  
Huyó del mundo abandonada y huérfana.  
No pretendas que yo, pues. te la diga  
Porque no puedo;  
Que pienso con verdad no hay que dudarlo;  
Si miento en la expresion.... es mi secreto.

N. Simeno Laplace.

### A LA SEÑORITA D.<sup>A</sup> PURA GILABERT

Que te escriba unos versos me pides  
Y me has dado por tema tus ojos;  
¿Qué diré que no sea un recurso?...  
¿Qué diré que no sea un elogio?...  
Pues escucha, Purita. un momento  
La verdad más verdad que conozco:  
Que aun con ser lo peor de tu cuerpo  
Son rasgados, serenos, preciosos.

N. Simeno Laplace.

### ¡TRISTE VISITA!

I.

Ya puesto el sol;—al declinar la tarde  
En brazos del misterio,  
Entre dos tiernos niños una madre  
Marchaba al cementerio.

—¿Allí está nuestro padre, madre mía?—  
Decía el mayorcito;  
—¡Sí,—sollozando contestó la madre  
—Allí está, sí, mi hijito!—

—¿Por qué lloras, mamita, falta mucho?—  
Decía el pequeñuelo:

—No, mi querido, estamos cerca, cerca.....  
Pero, á la vez, ¡qué lejos!—

—¡Cuántos besos le guardo, madre mía!—  
A una los dos dijeron:

—Yo tambien se los guardo, soles míos,  
Todos, todos enteros!—

II.

Lloró la madre en la olvidada tumba  
Del que su esposo fué,  
Y al verla, amedrentados, sus dos niños,  
¡Ay! lloraron tambien!

—¡Papá, papá!....—los niños exclamaban,  
—¡Mi papaito, ven!....

Mira nuestra madre, somos tus hijos....  
Los séres de tu sér!—

Y en el cóncavo oscuro del sepulcro  
Se adormeció su voz,  
Como duerme, tal vez, dentro del pecho  
Mustiado el corazon.

—¡Papá no nos responde, madre mía! —  
—No griteis más, venid;  
La noche avanza.... se habrá acostado....  
¡Dejémosle dormir!—

—¡Adios. adios, papá, hasta mañana! ..  
¡Dile tambien tú. adios!....

—¿Qué *adios* he de decirle si lo llevo  
Siempre en el corazon!!!!

K. DE T.

(Del Semanario Riojano.)

### EL CUMPLE-AÑOS

A una jóven en el aniversario de su natalicio  
Continuamente oimos decir:  
—Hoy es el santo de *Fulanita* y hay que  
ir á felicitarla.  
Pero en cámbio se oye muy pocas veces:  
—Voy á darle los días á *Menganita* con  
motivo de su *cumple-años*.  
La razon de esto se halla en las pocas  
mujeres que hacen pública su edad.  
Sin embargo, hay personas que solemnizan  
el día en que cumplen años; yo no comprendo  
la razon de este regocijo.  
Semejante aniversario dá á entender, que

ya se puede aumentar un año más al catálogo de los adquiridos con la vida.

Y de los años, ha dicho alguien, que son una carga muy pesada.

Ahora bien: ¿existe algún sér que pueda alegrarse de que se le aumente la carga?

Al ménos que no esté cansado de la vida, en cuyo caso un aumento de peso supone una disminucion en el tiempo del transporte.

Pero en ese caso, lo mejor es *echar por el atajo* y desprenderse bruscamente de la carga, negándose á dar un pasó más en el camino.

No divaguemos.

Me habia propuesto hablar de la aurora de la vida, de las risueñas esperanzas, de las rosadas ilusiones y de los sueños de color de rosa; pero el asunto es escabroso, y con facilidad queriendo mirar la moneda por la cruz, se dá con el reverso, y siempre hay que desconfiar de lo que se halle tras de las cruces.

Tú que te encuentras en la antedicha aurora y que tienes los sueños y las esperanzas que dejo apuntadas, no llevarás muy á bien el que mire, con pretexto de tu *cumple-años*, las ideas que éste me presenta, á través de un prisma negro como la gasa de mi sombrero, que impide descomponer el rayo de la alegría en el iris de ilusiones que se refleja en los tranquilos ojos de una jóven que tiene tus sueños y esperanzas.

Estás en la edad, en que basta la cosa más sencilla para creerse en posesion de la felicidad.

Unas amigas con quienes charlar largas horas de inocentes secretos, una madre complaciente que os lleve á los paseos y reuniones, un novio guapo y elegante.... ¡hé aquí el todo!

¡Y esta dicha cuesta tan barata!

¡Lástima que no sea más duradera!

Las ilusiones son como la moneda que el jugador lleva en su bolsa: se *apunta* á una alegría, ó á un ás de oros, y *cátate en puertas* una sota ó un desengaño.

Cuando el hombre *está de malas*, desaparecen las últimas ilusiones, como tras el primer duro se vá la fortuna de un *punto* á aumentar la *banca* que brilla como el recuerdo de un bien perdido, sobre un paño verde como la esperanza de volver á recuperarlo.

Esto para tí no estará muy claro: ¡ojalá no lo entiendas nunca; pero cuida de no perder la más pequeña ilusion!

Tú no ocultas los años que tienes, tú estás

alegre porque ya te puedes llamar mujer sin sospechar que aun eres niña. ¡No dejes nunca de serlo!

Y dispensa mi manera de felicitarte. Otro año será más alegre.

*El Sr. Leyva y Discazzo.*

## TELLAI

¿No conocéis á Laura?

SELGAS.

¿No conocéis á mi amada?

¿Ignoráis quién es mi amor?

¿Nunca visteis el fulgor

Que despide su mirada?

¿Jamás mirásteis lo bello

De su busto virginal,

Ni de su boca el coral,

Ni lo blanco de su cuello?

¿No admirásteis los hechizos

De que es su cara tesoro,

Ni de su cabello de oro

Los tan abundantes rizos?

¿No habeis visto su pié breve

Que una rosa encerraría,

Ni mirásteis todavía

Sus manos como la nieve?

¿Nunca escuchásteis su acento

Conjunto de arrullo y brisa,

Ni mirásteis la sonrisa

Con que dice su contento?

¿Jamás, cual yo, en ánsia loca,

Visteis alzarse su seno

Todo de ternura lleno,

Ni aspirásteis de su boca

El perfume embriagador,

Que celos y envidia diera,

Si es que aspirarle pudiera,

A la alejandrina flor?

¿Jamás el collar de perlas

Visteis que tiene por dientes,

Ni sus pupilas ardientes

Llorando lográsteis verlas?

¿Pues entonces, no sabeis

Qué es lo más bello del suelo,

E ignorais lo que del cielo

En este mundo teneis!

¿Y lo que es la perfeccion

Entre todas las mujeres,

Y lo que son los quierres,

Y lo que delicias son!....

¿Solo tan grande placer

Al pecho mío le cabe,

Que obtuvo su amor, y sabe  
 Como quiere esa mujer,  
 Trasunto del alto cielo,  
 Y sér creado por Dios,  
 Como no dió forma á dos  
 Para la tierra ni el cielo!

¡Ya, pues, sabeis como es *ella*;  
 Ya sabeis como es mi amor,  
 Y del Supremo Hacedor,  
 La obra más perfecta y bella!

José Martínez Medina.

## PRINCIPAL Y BUHARDILLA

(HISTORIA NATURALISTA)

### I.

#### LA DAMA

Juanita era hermosa, sobradamente hermosa para la posición que ocupaba.

Como los pájaros, fiaba mucho en la Providencia, sin inquietarse en lo más mínimo por su porvenir, lo cual no impedía que la muchacha trabajase gran parte del día y aun de la noche, si es que así lo exigía la premura de los encargos.

*Coser y cantar* eran las ocupaciones ordinarias de nuestra heroína, y por cierto que esto último lo hacía tan continuamente, que llegaba á rendir á un vistoso canario que encerrado en grosera jaula tenía fuera de su ventana, y el cual entablaba á todas horas luchas de voz con su bella amita.

Pero hora es ya de que ustedes traben conocimiento con la heroína de esta narración, si es que se sienten con fuerzas para seguir paseando su vista por los párrafos que la constituyen.

Ya saben ustedes que su nombre es Juanita, pero lo que verdaderamente no sabrán, es que la tal jóven trabajaba de costurera, y en cuanto á su familia, según confesión propia, no había conocido de toda ella más que á una vieja tan fea como gruñona, que con gran contento de la muchacha murió cuando ella apenas contaba unos catorce años.

Desde entonces Juanita comenzó á navegar por su cuenta y riesgo en eso, que ciertos poetas han dado en llamar el proceloso piélago de la existencia, resistiendo todos los días alguno que otro abordaje dado por la riqueza y el vicio, á su virtud y hermosura.

Porque Juanita tenía el poder de no dejarse arrastrar por la perspectiva de lujosas comodidades, ni deslumbrantes joyas.

No envidiaba nada y todo su deseo consistía en encontrar trabajo que le proporcionase el sustento, y en tener voz para poblar el aire de gorgoritos y su alma de alegrías.

A pesar de su pobreza, la jóven no había conocido grandes penas, cosa que no pueden decir muchas, que solamente parecen nacidas para recojer galanterías y honores en todas partes.

Juanita, por fin, era una cabecita rubia, sonrosada, fresca y graciosa, á la que servía de marco aquella ventana de su habitación orlada de verdes plantas, y desde la que podía gozarse de un pedacito de azulado cielo.

### II

#### EL GALAN

Enrique Arriaza era un muchacho pálido y pelierecido que apenas si haría dos meses que, con el violín bajo el brazo y la cabeza llena de ilusiones, penetró por las puertas de Madrid con el propósito, según decía, de demostrar á los habitantes de la villa y corte, las sublimidades de su génio artístico incubado en provincias.

Como era tan rico en esperanzas como pobre en recursos, su primer acto al encontrarse solo en Madrid fué dar con sus huesos en el recinto de una súa buhardilla separada del mundo de los hombres por ciento treinta y tantos escalones, y que formaba parte de una de esas casas de vecindad tan socorridas en los célebres sainetes de D. Ramon de la Cruz.

Allí contemplando á través de la ventana virgen en cristales el dilatado horizonte, Enrique comenzó á raspar su violín con gran pesadumbre de los vecinos que se dieron á todos los diablos, y curiosidad de Juanita, pues debemos advertir, si es que antes no lo hemos dicho, que la habitación del violinista estaba situada en la misma casa que la de la costurera y su ventana frente á frente.

Enrique no fijó su atención en la vecindad, ni procuró averiguar si era bonita y fea aquella mujer que, cantando eternamente, parecía desafiar al arco de su violín.

¡Pobre chico! Para perder tiempo estaba él cuando de su trabajo dependía su gloria futura.

Porque la gloria llamaba á Enrique, ó más bien, éste corría tras ella como alma



en pena, ansiando cogerla y encadenarla á sus piés.

Para lograr esto último, el jóven disponía de dos medios, personificados en dos voluminosos cuadernos de música, que componían las partituras de otras tantas obras teatrales.

Titulábase la primera *Los amores de Napoleon I*, y su parte literaria era hija de la poderosa imaginacion de un pasante de escuela, hijo de la misma poblacion en que nuestro héroe vió la luz del día; y en cuanto á la segunda, era ni más ni ménos que la *Sagrada Pasion de Nuestro Señor Jesucristo* convertida en zarzuela.

Para esta obra aguardaba Enrique que llegase la Semana Santa, época en que los teatros se desbordan en obras de tal jaez, y en la referente á la primera, el jóven artista tenía firmes esperanzas de verla de allí á poco tiempo puesta en escena en uno de los primeros coliseos de Madrid.

Mientras llegaba este día, el novel compositor se ocupaba en corregir su obra y en tocar el violin en la orquesta de un teatro de tercera clase; pues algo ha de hacerse por la vida, tanto más cuanto se es tan pobre en recursos, como rico en ilusiones.

Para que el lector acabe de conocer por completo al galan de esta obra, explicaremos su carácter en pocas palabras.

Enrique no era uno de los muchos que acuden al palenque de las artes tan llenos de pretensiones como escasos de facultades.

Nuestro héroe tenía inspiracion y mucho génio artístico, pero esto unido á diez y ocho años de edad que suponen una completa inexperiencia, le impedían el llegar tan alto como él ambicionaba.

Cuando en su patria no era ni medianamente conocido, había llegado á Madrid para luchar con gentes de una talla mucho mayor que la suya, y á las que apenas conocía.

Enrique, con estas condiciones no era más que uno de los tantos, que instigados por su instinto artístico, abandonan sus hogares para marchar á la villa y córte, donde creen ver un árbol cargado de laureles al alcance de la primera mano osada que llega.

### III.

#### EL BARBA Y LOS COMPARSAS

De seguro que en todo Madrid no podía encontrarse otro hombre igual á D. Resti-

tuto Tentecupie, caballero barbudo y de pocas palabras, si bien rico y poderoso, cuya sola mision en este mundo parecía ser la de procurarse placeres para su ya gastada humanidad.

Si bien, D. Restituto no era más que un hombre maduro, ó sea rayano á los 48 años, ocupaba la categoría de viejo verde, pues con el motivo de ser feo como Picio, todas sus conquistas podían atribuírsele más bien á su oro no escaso, que á sus prendas tanto físicas como morales.

Con esto ya habrá comprendido el lector que la pasion dominante del tal caballero eran las mujeres, pasion que alimentaba valiéndose de su riqueza, principalmente entre las hermosuras pobres.

Vivía en el piso principal de la misma casa que ocupaba Juanita y el violinista, y en honor de la verdad, la alegre costurera no había parecido saco de paja al viejo Jovelace.

Continuamente asediaba D. Restituto á la jóven con declaraciones y promesas que la interesada escuchaba como quien oye llover, desesperando con esto al viejo calavera hasta entonces acostumbrado á vencer honores frágiles y virtudes de guarda-ropía.

Si al señor de Tentecupie se añaden tres tipos más, que solo aparecen accidentalmente, se tendrá por completo el total de los personajes que toman parte en la ejecucion de esta obra.

Los tres habitaban las buhardillas de la casa de D. Restituto, siendo por ende vecinos de Juanita, y tan diferentes en sexos como en profesiones.

El primero era un guardia de orden público, tan cejijunto como bigotudo y cerrado de mollera; el segundo una vieja, viuda segun ella aseguraba, de no sé qué coronel ó general, la cual sostenía fuertes altercados con su vecino el guardia, por cuestiones de dignidad ó más elevado nacimiento.

En cuanto al tercero era muy merecedor por su carácter de descripcion aparte.

Llamábase D. Dionisio, y era un vejete sarcástico y escéptico, que en sus buenos tiempos había derrochado una fortuna, y que al encontrarse poco ménos que en la miseria, había adoptado el medio de encaramado en su buhardilla, ser feliz en su pobreza burlándose de todo el mundo.

Hecha, pues, ya la presentacion de todos los personajes, levantemos el telon y demos principio á la obra.

## IV.

## EXPOSICION

- Buenos dias, señorita.  
 —Téngalos usted buenos, vecino.  
 —Muy contenta se levanta usted.  
 —¿Por qué lo dice?  
 —Toma, porque desde que el sol ha salido usted no ha cesado de cantar.  
 —¡Pchs! Esa es mi costumbre. Yo canto al coser, al comer y creo que cantaría al dormir, si es que pudiera.  
 —Segun eso, ¿es usted aficionada á la música?  
 —Un poquito. Pero usted, segun parece, lo es mucho más, por cuanto pasa los dias y las noches dale que dale con el violin.  
 —Señorita, yo soy un profesor.  
 —¿Y á quién enseña usted?  
 —A nadie. Toco por las noches en la orquesta de un teatro, y por el dia corrijo dos obras mias, pues ha de saber usted que tambien soy compositor.  
 —Oh! entonces sabrá usted mucha música.  
 —No tanta como yo quisiera para ciertas cosas.....  
 —No comprendo.....  
 —Quiero decir que á pesar de todos mis conocimientos musicales, no sé si podré lograr un *sí* de.....  
 —¿De dónde? ¿del violin?  
 —No señora. Yo no hago el amor á violines.  
 —Entonces usted se lo sabrá. Pero oiga usted, se me ocurre un proyecto que le diría, si no temiese el pecar de indiscreta.  
 —¡Oh! Dígame usted lo que quiera con entera libertad.  
 —Pues bien, con franqueza. Desearia que usted me enseñase música, porque con mi buena voz y mi poquito de gracia, tal vez lograrse entrar como tiple cómica en algun teatro, ocupacion mucho más alegre que el estar dia y noche dándole á la aguja.  
 —No tengo el menor inconveniente; al contrario, me congratulo de tener una discípula tan..... tan..... Pero oiga usted: tal vez se enfade por esto alguna persona.  
 —No sé á quien se refiere usted.  
 —A ese señor de chistera y gaban de pieles que habla con usted de vez en cuando, y que segun creo habita en el principal.  
 —¿Es D. Restituto? Ja! ja! ja! Permítame usted que me ria. Eso quisiera él, poder mandar en mí. Afortunadamente soy libre como el viento.

—¿Qué dice usted, señorita! ¿D. Restituto no tiene que ver nada con usted?.....

—Señor artista, esa suposicion me ofende. ¿Me cree usted capaz de querer á un hombre tan feo?

—¡Ah! Me devuelve usted la vida. ¿Quiére ya la encantadora discípula que pase á darle la primera leccion?

—Lo que usted guste, jóven maestro. Y aunque no venga á pelo, ¿cuántos años tiene usted?

—Diez y ocho.

—¡Jesús, que jovencito! Yo ya tengo mis veinte y dos cumplidos y..... apropósito. A cambio de sus lecciones yo cuidaré de usted como una segunda madre, y con mi experiencia le guiaré por el mundo.

—Convenido. ¿Con que paso, querida mamá?

—Sí; pase usted, hijito mio.

Y despues de todo este diálogo Juanita y Enrique desaparecieron de sus respectivas ventanas, mientras que el escéptico D. Dionisio, apoyado en el borde de la suya y ostentando en la boca un cigarrote de á palmo, murmuraba sonriéndose sardónicamente aquella quintilla:

Eres mujer un fanal, etc.

## V.

## NUDO

Enrique desde aquel dia comenzó á dar lecciones de solfeo á la costurera.

Ésta aprendía con gran facilidad todo cuanto le enseñaba su jóven maestro, que en honor de la verdad, se sentía cada vez más enamorado de la futura tiple de zarzuela.

*Los amores de Napoleon I* dormían el sueño de los justos en el fondo del cofre, lo mismo que la partitura de *La muerte y passion*, pues Enrique á fuerza de pensar en su discípula, había olvidado la gloria, y aun por poco, la manera de andar á dos piés.

Aquellos ojos de Juanita le enloquecían, le sacaban de quicio y le inspiraban largas sonatas en *sí* bémol, que para mayor tormento de los vecinos, ejecutaba á altas horas de la noche en su violin.

Vicente Blasco Ibañez.

(SE TERMINARÁ.)

IMPRESA Y LIBRERÍA DE JOSÉ ARMENGOT  
Zapateros, 52 y 54